

Desigualdad, Derechos e Historia Según Estudiantes de Colegios Públicos Bogotanos: Antecedentes para Entender la Movilización Juvenil colombiana

Diego Higuera Rubio⁴⁸

Recibido: 3/ 08/2021
Aceptado: 13/11/2021

Resumen

A propósito de las manifestaciones ocurridas en Colombia durante los últimos tres años, el autor analiza un lugar común de la bibliografía académica respecto al generalizado rechazo de los jóvenes colombianos hacia el sistema político y las instituciones. Para ello, vuelve sobre la información que recolectó en un trabajo de campo de observación y entrevistas a profundidad con estudiantes de tres escuelas públicas bogotanas durante el año 2012. Con base en la descripción y citas de las entrevistas, se muestra que la mayoría de los estudiantes se identificaban como parte de los “estratos bajos” o “el pueblo” y consideraban que eso implicaba un acceso restringido a los derechos, la justicia y la participación en asuntos públicos. Incluso un riesgo a la expresión de inconformismos con el orden social. Esta perspectiva, fundamentada en sus nociones sobre la historia del país, orienta las posturas de los entrevistados respecto a la política, el Estado, sus derechos y deberes. El autor hace un breve recuento de los estudios sobre jóvenes y política en Colombia, luego presenta una descripción del trabajo de campo y las voces de los estudiantes que muestran un antiguo malestar, un “sentimiento de injusticia” persistente que subyace a la actual coyuntura en el país andino.

Palabras clave: Desigualdad; política; jóvenes; protesta; narrativa nacional; Bogotá

⁴⁸ Docente asistente Universidad Pedagógica Nacional de Colombia. Correo electrónico: maurciorubio@gmail.com

Inequality, Rights, and History Under the View of Students of Bogota's Public Schools: Experiences to Comprehend the Colombian Youth Movements

Abstract

Concerning the protest that has taken place in Colombia during the last three years, this paper analyzes a common assumption in social research: the rejection of young people by the political system and its institutions. To understand this supposition, it should weigh the information collected from a fieldwork through the in-depth interviews with young students in three of Bogota's public schools during 2012. Those interviews attest, by selected quotes, that most of students recognized themselves as members of the "lower class" or simply the "people" (el pueblo). This categorization causes rights restrictions, unfair social perception, and low participation in public affairs. Even a risk of punishment if they demonstrate their nonconformity with the political establishment. Based on their conceptions about Colombia's history, this outlook reveals their opinions regarding Politics, State, and background about the social unbalance between rights and duties. This paper shows a brief account of Colombia's Youth Studies and Politics, together with a description of fieldwork. Those aspects show an old dissatisfaction between young students, a tenacious "feeling of injustice" which has triggered the current situation in this Latin-American country.

Keywords: Inequality; politics; youth protest; national narrative; Bogotá

Introducción

Los efectos económicos y sociales de la pandemia han impulsado protestas de distinto tipo y grado en varios países del mundo. En América Latina, previo a la emergencia sanitaria, el centro de atención fue Chile, donde la suba en el pasaje de metro desencadenó prolongadas manifestaciones que evidenciaron el profundo descontento con el modelo político y económico heredado de la dictadura. En 2021, debido a los factores mundiales y condiciones previas, Colombia vivió un inédito proceso de movilización con múltiples reclamos, iniciados por el repudio a una reforma tributaria con la que el gobierno pretendía grabar de forma desproporcionada a los sectores medios y bajos.

Las movilizaciones fueron generalizadas e intensas, alcanzaron objetivos inmediatos y su prolongación derivó en un desgaste ayudado, en gran medida, por la violenta represión estatal⁴⁹. La coyuntura presenta, al menos, tres antecedentes inmediatos. Primero, las protestas de 2019 contra las políticas del gobierno y su ambigua postura hacia la implementación del Acuerdo de paz entre el gobierno y

⁴⁹ "resulta extremadamente preocupante el alto número de muertes y personas lesionadas, así como las graves denuncias de personas desaparecidas, violencia sexual y la utilización de perfilamiento étnico-racial. Igualmente, las agresiones a periodistas y a misiones médicas, el uso de la figura del traslado por protección y denuncias por detenciones arbitrarias" (CIDH, 2021, p. 1). Para entender las dimensiones del fenómeno, resulta muy ilustrativa la comparación elaborada por la Jurisdicción Especial para la Paz: "si se utilizan indicadores de proporción poblacional, es decir, la relación entre el número de muertes violentas registradas en el marco de la protesta social según el tamaño de la población; y la frecuencia, teniendo en cuenta el número de muertes presentadas sobre el número de días que ha perdurado la movilización; Colombia podría constituir el segundo caso a nivel internacional, con más afectaciones al derecho a la vida en el marco de las protestas sociales, desde marzo de 2020 hasta mayo de 2021, solo superado por Birmania" (JEP, 2021, p. 56).

la guerrilla de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia); el asesinato casi diario de líderes sociales en todo el país y las escasas posibilidades de futuro para los jóvenes. En marzo de ese año, multitudes variopintas se tomaron las calles y decretaron un “paro nacional”, inicialmente subestimado por el ejecutivo, que luego propuso una “conversación nacional”, dirigida por un funcionario muy cercano al presidente. Esa instancia no tuvo mayores avances y los representantes de sindicatos, estudiantes y movimientos sociales lo consideraron una estrategia de dilación y engaño, la cual finalizó silenciosamente con el inicio de la pandemia y la implementación de las medidas sanitarias.

Segundo. El 8 de septiembre de 2020 un estudiante de derecho en Bogotá fue asesinado en una estación de policía, previa aplicación desmedida de electricidad con pistolas teaser en la vía pública. Un amigo de la víctima grabó el hecho y lo compartió en las redes sociales. Al día siguiente, hubo una protesta frente a la estación de policía que terminó en disturbios y el incendio del lugar. En los barrios populares las manifestaciones frente a estaciones de policía terminaron en disturbios, multitudes atacaron 42 estaciones y quemaron 12, mientras los agentes respondieron con disparos que dejaron decenas de heridos y cegaron la vida de trece civiles (Veeduría Distrital, 2020). Uno de ellos, Jaider Fonseca, de 17 años, recibió dos impactos de bala y, mientras el gobierno condenaba el ataque a instalaciones de la policía, su familia denunció amenazas y recordó que, días atrás, Jaider había sido torturado dentro de la estación incendiada (El Espectador, 2021b).

En abril de 2021, el ministro de hacienda propuso la reforma tributaria que gravaba de impuestos a los sectores bajos y medios para cubrir el enorme déficit fiscal resultado de los cierres sanitarios y las exenciones impositivas que el gobierno le otorgó a los bancos y grandes empresas a semanas de posesionarse. La reforma fue explicada con declaraciones poco convincentes de los funcionarios de gobierno, a las que se sumó la indolencia del presidente y sus ministros respecto a varios hechos, algunos de ellos trágicos, como el denunciado bombardeo y asesinato de niños en campamentos de las disidencias de la desmovilizada guerrilla de las FARC. El mencionado funcionario que coordinó “el diálogo nacional” fue nombrado ministro de defensa y justificó el bombardeo argumentando que eso niños eran unas “máquinas de guerra” que “dejan de ser víctimas cuando cometen delitos” (El Espectador, 2021a). Entre abril y junio del mismo año miles de personas salieron a marchar en distintos lugares del país, sin importar las altas cifras de contagio y muerte por COVID-19. Algunas movilizaciones derivaron en violentos disturbios que fueron escalando por la intervención legal e ilegal de la policía y el nulo interés del gobierno por buscar una salida negociada a la crisis.

En este escrito no busco explicar ese complejo momento que involucró diversas expresiones organizativas, actores e intereses, me detendré en el debate sobre la participación de los jóvenes quienes fueron identificados por los medios y analistas como los líderes de las protestas (Borda, 2021; El Tiempo, 2021; Sánchez, 2021). En el año 2012 hice un trabajo de campo en tres secundarias públicas de la ciudad de Bogotá donde observé clases de historia y ciencia política y entrevisté a 164 estudiantes del último y el anteúltimo año de secundaria y sus docentes. Mi objetivo era caracterizar el papel de la escuela en la construcción de las narrativas de los estudiantes sobre el conflicto interno, así como los usos que hacen de ellas para interpretar el presente y actuar en la esfera pública. Durante esa investigación emergieron

situaciones y referencias a las identificaciones de “clase” de los jóvenes, su relación con la historia y su perspectiva sobre la sociedad y la política colombiana. La mayoría se identificaba como parte del pueblo, lo cual implicaba un acceso restringido a los derechos, la justicia y la participación en asuntos públicos.

Con base en ese trabajo de campo, exploraré un lugar común de la bibliografía sobre el generalizado rechazo de los jóvenes hacia el sistema político y las instituciones. Me interesa rastrear los fundamentos de ese fenómeno a partir de las identificaciones de los jóvenes dentro de la jerarquía social y cómo fundamentaban sus posturas respecto a la política, el Estado, sus derechos y deberes. Este escrito tiene un limitado alcance pues la gran diversidad del país y su fragmentación regional demanda una mirada más comprensiva que excede a la que se puede tener respecto a lo que sucede en la capital del país. Iniciaré con un breve recuento sobre los estudios de jóvenes y política en Colombia subrayando los ejes temáticos de este escrito, luego volveré sobre el trabajo de campo y las voces de los estudiantes para, finalmente, exponer algunas hipótesis sobre los elementos subyacentes a la actual coyuntura.

Juventudes y política en Colombia

Las primeras investigaciones que abordaron los antecedentes históricos de la relación jóvenes - política lo hicieron en el marco de dinámica partidista, los movimientos universitarios y la violencia. Los tres ejes han tenido importantes desarrollos, pero el tercero ganó mayor relevancia desde los años ochenta con la emergencia del narcotráfico, el sicariato y la expansión de los grupos ilegales (Botero, et al., 2010; Unicef, 2004). Los temas de juventud, como muchos otros en el país, estaban subsumidos por el conflicto armado que ha sido durante años el centro del debate público y académico. Esto es relevante porque ese gran tema y sus significantes asociados (paz, seguridad) han perdido centralidad, mientras se visibilizan conflictos de otro orden y temáticas como los derechos, las juventudes y las narrativas de nación.

A comienzos de los años noventa la propuesta de “la séptima papeleta” liderado por jóvenes universitarios alcanzó el umbral de votación para convocar una asamblea constituyente, que amplió los mecanismos de participación democrática y redefinió la carta magna en términos multiculturales y laicos, a diferencia de la carta anterior católica y conservadora (Quintero, 2002). La propuesta se vio favorecida por el movimiento de reformas constitucionales en el continente, pero signado por una contradictoria ampliación democrática, mientras se implementaban las reformas neoliberales de recorte del Estado y los derechos sociales.

Luego de esta importante participación, estudios cuantitativos y cualitativos mostraron una generalizada desconfianza de los jóvenes hacia la democracia representativa, los partidos y las instituciones del Estado (Cárdenas, 2017; Garzón, 2018). Ante ese diagnóstico, otros investigadores analizaron las organizaciones y expresiones juveniles que intervenían el espacio público por medio del arte, la militancia barrial y el activismo en diversas causas (animalismo, objeción de conciencia, feminismo, etc.). Los análisis de ese abordaje de “lo político” se ha convertido en una prolífica línea de investigación con estudios en diferentes lugares del país (Alvarado et al., 2010; Cubides, 2010; Cubides y Salinas, 2008; Escobar, Mendoza y Gari, 2004; Hurtado, 2010; Muñoz, 2002).

Romero et al. (2015) señalan que el notable aumento de las movilizaciones juveniles en el continente durante los últimos diez años obedece al crecimiento de esta población en el marco de modelos económicos y políticos que no garantizan los derechos a la educación y el trabajo. En ese marco, Cárdenas (2017) señala que, en Colombia, desde el año 2011 se inició un ciclo de protesta de estudiantes de universidades públicas y privadas movilizadas contra una reforma gubernamental que restringía el acceso a la educación superior, no solucionaba la desfinanciación estructural de las instituciones públicas, ni reducía los altos costos de las matrículas en las privadas y los onerosos mecanismos de crédito estudiantil. Un segundo momento ocurrió luego del triunfo del “no” en el plebiscito con el que se buscó refrendar el Acuerdo de paz firmado entre el Estado y la guerrilla de las FARC en 2016. El “no” se impuso por un estrecho margen, gracias a una campaña difamatoria y tendenciosa adelantada por sectores de la derecha liderados por el expresidente Álvaro Uribe (El país, 2016). Dos años más tarde, ese sector político se impuso en la elección presidencial, por medio del candidato más afín a su enfoque y medidas de sobre-concentración de la riqueza y anticonciliación. El inconformismo contra el nuevo gobierno derivó en las protestas descritas anteriormente.

Con este muy breve e incompleto panorama busco señalar que, como en otros países de la región, el debate sobre las juventudes tiene importantes antecedentes y los acontecimientos de la última década no tomaron por sorpresa a los académicos, aunque la magnitud y capacidad de articulación de los jóvenes resulta inusitada, así como su radical descontento y hartazgo frente a las condiciones estructurales que, en muchos casos, derivaron en episodios de violencia.

Me interesa seguir la tesis de Arias y Ruiz (2014) quienes, con base en grupos focales y entrevistas con estudiantes universitarios, afirman que para los jóvenes:

el objeto de la identificación es aquí más la nación (territorial, poblacional, cultural) que el Estado nación, y que este último, a pesar de promover y hacer posible la identificación con la nación propia vía escolarización, representa un tipo de racionalidad –estratégica– ajena a las experiencias de estos jóvenes, decepcionados del ejercicio de la política profesional y de un orden institucional que históricamente ha sostenido la desigualdad y la sigue reproduciendo y acentuando (p. 18-19).

Arias y Ruiz reiteran el muy documentado rechazo de los jóvenes a las instituciones y el Estado, pero, al mismo tiempo, encuentran una vinculación muy fuerte con elementos subyacentes a la identidad nacional. Este novedoso hallazgo se vio reflejado en las últimas marchas donde los jóvenes emplearon y resignificaron de forma imaginativa símbolos patrios tales como banderas, camisetas y monumentos, así como expresiones, imágenes y músicas populares, combinadas con la exaltación de los pueblos indígenas y afro.

El rechazo hacia la política y el cuestionamiento de la narrativa nacional puede analizarse con mayor precisión dejando de lado la teoría que define a la nación como una *comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana* (Anderson, 1983). Una horizontalidad en las mentes de los integrantes de la comunidad opacada por la ambigüedad que genera el doble movimiento de creación de

elementos comunes, homogeneizadores y, al mismo tiempo, diferenciadores, jerárquicos. Esta crítica de Homi Bhabha, subraya que dicha ambigüedad de la nación procede “del lenguaje de quienes escriben sobre ella y de la vida de quienes viven en ella” (Bhabha, 2000, p. 211). Este autor considera fructífero el estudio de la nación por medio de sus narrativas, cuestionando la autoridad de ciertos “objetos nacionales de conocimiento” (entre los más conocidos: tradición, pueblo, razón de Estado, cultura de élite) que suponen una continuidad histórica que le resta lugar a las impugnaciones y conflictos. Desde esta perspectiva, se considera que en Colombia

constituir la nación ha sido un proyecto por medio del cual los grupos dominantes se intentaban instituir diferencialmente como tales. En un país donde el capital económico no tuvo durante mucho tiempo la suficiente fuerza como garante de distinción social, y donde ésta estaba fundada en un orden simbólico colonial que entraba en tensión con el ideal democrático de igualdad y con el lento ascenso de lo propiamente burgués, dar forma a un capital simbólico (como por ejemplo la blancura) en torno a lo nacional permitía posicionarse como élite (...) el ejercicio diferenciador pasó por una colonialidad interna, en la que el imaginario de la blancura sustentaba un orden jerárquico y naturalizador de las diferencias poblacionales y espaciales” (Castro-Gómez y Restrepo, 2008, p. 22).

“Disculpa la molestia, luchamos por un nuevo país”, se leía los carteles de las marchas. Lo que está en disputa y ha marcado las expresiones juveniles de la movilización son los fundamentos de la narrativa nacional, entre ellos la idea de la “democracia más antigua del continente”⁵⁰, su estabilidad y la evidente diferenciación jerárquica como elemento originario. Esta hipótesis de trabajo no sólo parte del comprobado rechazo de los jóvenes a la política formal y las instituciones, además mostraré cómo los estudiantes entrevistados la definen desde su perspectiva histórica y cómo se relaciona con su percepción sobre la desigualdad, la exclusión y sus experiencias vitales.

“Usted lo que está buscando es un colegio sin ñeros”

a las personas de estrato bajo y todo eso, no se les ve, por decirlo así, ni para escupirles (...) sólo se tiene en cuenta, digamos, a las personas de alta sociedad (...) [los políticos] solo se fijan en eso,

⁵⁰ Este elemento de la narrativa nacional puede encontrarse literal y fácilmente, en descripciones sobre el país en sitios web de embajadas (Washington: www.colombiaemb.org/overview o Berlín: www.botschaft-kolumbien.de/paginas/c_colombia_es.htm) o en los que promueven los acuerdos de libre comercio (www.colombia-eu.org/es_ES/colombia-2/democracia). El presidente Virgilio Barco lo repitió en su discurso durante la sesión de clausura de la Asociación de Editores de Periódicos de los Estados Unidos en 1989, cuando el país era noticia mundial por la “guerra contra el narcotráfico”. Podría citar muchos ejemplos, uno emblemático es el texto público del embajador Colombiano en España con el que buscaba refutar las afirmaciones del periodista Miguel Ángel Bastenier, quien en su columna del El País había criticado duramente las aspiraciones a un tercer mandato del entonces presidente Álvaro Uribe (<http://www.caracol.com.co/noticias/internacionales/colombia-responde-a-criticas-de-columnista-del-diario-el-pais-de-espana/20091015/nota/895015.aspx>).

en las personas que están en lo alto... porque tienen mucha plata y se olvidan de los campesinos, hasta de pronto lo de los falsos positivos es por eso (Oscar, escuela 2, 903)⁵¹

El trabajo de campo en las secundarias bogotanas era parte de mi investigación doctoral, en la que hice una comparación con escuelas de la ciudad de Buenos Aires, donde estuve en tres secundarias públicas que atendían estudiantes provenientes de sectores socioeconómicos heterogéneos. Suponía que no sería fácil encontrar tres escuelas de características similares, pues el sistema educativo bogotano se ha caracterizado por la fragmentación y una gran autonomía, poder y diversificación de las escuelas privadas, mientras el sector público se ha dedicado a cubrir la demanda de las familias que no pueden costear una educación de buena calidad a sus hijos. Si bien, durante las tres últimas décadas, el número de instituciones estatales se incrementó notablemente y en 2012 ese sector abarcaba el 58% de la matrícula en todos los niveles, dicho aumento no significó la entrada de todos los sectores sociales a la escuela pública, la gran mayoría de los estudiantes pertenece a los estratos bajos o medio-bajos (SED, 2013).

Aunque hasta mediados del siglo XX funcionaron algunas instituciones policlasistas, la escuela estatal ha sido identificada con los sectores populares⁵². De hecho, un estudio que cruzó variables de distribución de matrícula, perfiles socioeconómicos de los estudiantes, resultados de las pruebas estandarizadas y antecedentes educativos de las familias, se editó bajo el título *Apartheid educativo en Bogotá* (García y Quiroz, 2011). Los autores fundamentaron su trabajo en indicadores según estratos, un sistema clasificatorio asociado a representaciones de gran importancia en las escuelas y en la autoidentificación de los estudiantes y sus posturas respecto a la historia, la justicia, sus derechos y la política.

Vale la pena destacar que, desde los años setenta, el Estado nacional propuso una tarifa de los servicios públicos e impuestos de acuerdo con la capacidad económica de las familias. La expansión de los servicios públicos fue lenta por lo que esta orientación no se implementó de manera inmediata y solo durante los primeros años de la década del ochenta las ciudades empezaron a ejecutarla bajo criterios propios. La política seguía las recomendaciones de los organismos y bancos multilaterales sobre la eliminación de los subsidios universales para focalizar los recursos estatales. En 1994, con el fin de unificar la estratificación, se promulgó una ley que definía la metodología de agrupación de las viviendas y sus habitantes en seis estratos: 1 (bajo-bajo), 2 (bajo); 3 (medio-bajo); 4 (medio); 5 (medio-alto); 6 (alto). La

⁵¹ Modifiqué los nombres de las instituciones y personas citadas con el fin de resguardar su privacidad.

⁵² Hasta las primeras décadas del siglo XX, los gobiernos liberales intentaron modificar esta característica sin mayor éxito. Las declaraciones del reconocido filósofo y ensayista Eugenio González Mutis, ejemplifican las ideas fundantes del sistema educativo colombiano: "Téngase también en cuenta que la igualdad en la instrucción, cuando ésta no va cimentada en los principios cristianos, pone más de resalto la desigualdad de las condiciones. Si el hijo de padres sencillos e ignorantes se ve, por gracia del Estado, en contacto con los que pertenecen a la clase distinguida de la sociedad y adquiere conjuntamente con ellos los mismos conocimientos, llegará, por fuerza, a avergonzarse de su familia y de su origen; los odios de raza y las más feroces pasiones se apoderarán de su alma, y en lugar de un ciudadano útil a su patria, habrá en él un enemigo del orden y partidario de la Revolución" (citado en: Pinilla, 2003, p. 81).

estratificación también determina quién accede a los programas estatales de salud, vivienda y asistencia familiar, así como descuentos en la matrícula de las universidades públicas⁵³.

Uribe-Mallarino (2008) muestra cómo la estratificación llegó a ser una representación por medio de la cual los bogotanos se identifican y caracterizan a otras personas. Dicha clasificación fue adoptada y resignificada por los ciudadanos con sorprendente velocidad a diferencia de otras políticas estatales, como el reordenamiento barrial de la ciudad luego de la independencia. Este fenómeno “desde arriba” también se distingue de lo ocurrido en algunos países de la región con otros sistemas de clasificación, por ejemplo, la identidad de clase media (Adamovsky, 2009)⁵⁴.

En 2012, el 91% de los estudiantes del sector público provenía de familias clasificadas en los tres primeros estratos y los pocos de estratos medios estaban matriculados en instituciones “especiales”, tales como las adscritas a las universidades públicas. Los estudiantes de estratos altos no alcanzaban el 1% de la matrícula y los de estrato tres solo representaban el 21,54% (SED, 2013). Los docentes con quienes trabajé señalaron que, en general, las familias con recursos, incluidas las de su gremio, matriculaban a sus hijos en colegios privados. Un docente, rector y propietario de un pequeño colegio que atiende a estudiantes de estrato tres, afirmó que los padres acuden a su institución porque están realmente interesados en la educación de sus hijos “cosa que en lo público no, muchos padres de familia que dicen “yo a mi hijo no lo llevo a una escuela distrital porque ahí me le enseñan mañas” y de hecho es lo que ven. Desafortunadamente lo que uste ve alrededor de un colegio público son las peleas, son los muchachos abrazaos besándose, son fumando” (Jesús, escuela 1).

El profesor Jesús trabaja en la primera escuela a la que tuve acceso, ubicada en un barrio obrero del occidente de la ciudad donde el 76% de los estudiantes entrevistados pertenecía a los dos primeros estratos, mientras el 24% era del estrato 3., una distribución muy cercana al promedio de la ciudad. Luego pude acceder una prestigiosa escuela normal donde asisten hijos de docentes y comerciantes vecinos de la institución. Allí el nivel escolar de los padres era más alto y también era diferente su estratificación, no había entrevistados ubicados en el estrato uno, el 37% pertenecía al dos, el 57% se ubicaba en el estrato tres y un 3% en el estrato 4.

⁵³ La clasificación por estratos y la focalización son una política que se consolidó en el dispositivo técnico llamado SISBEN (Sistema de Selección de Beneficiarios Para Programas Sociales. www.sisben.gov.co). La medición por estratos tiene serias limitaciones como evidenciaron los debates adelantados por el Consejo de la Ciudad en el año 2009, donde se abordó la creciente desigualdad y, en particular, se pretendía grabar predios muy costosos ubicados en zonas de estratos que no le correspondían.

⁵⁴ En Colombia no existen suficientes investigaciones al respecto (algo difícil por su atropellada modernización que rehúye la directa aplicación de categorías formuladas para y desde los países centrales), por lo que no se han rastreado los cambios ocurridos desde la existencia -o no- de identidades de clase hasta la actual clasificación por estratos, Uribe-Mallarino (2008) suponía, como hipótesis inicial, que los bogotanos habían cambiado la noción de clase social por la de estrato. No pudo demostrarlo: “El examen del uso de la noción de clases sociales y la de estratos da cuenta de conceptos en plena transición. Aunque se reconoce que las clases tienen una vigencia importante, se confunde su sentido con el de los estratos; en conjunto, los bogotanos están mucho más propensos a utilizar el concepto de estrato que el de clase” (p.167).

Conseguir un tercer colegio público que presentase “heterogeneidad social” fue difícil. En un momento donde seguía distintas recomendaciones consulté a un joven personero⁵⁵, le pregunté de varias formas por una institución bien ubicada, donde se encuentre todo tipo de gente, menos problemático que otros, que no sea un distrital común, etc. El joven escuchó con atención, pensó y dijo: “¡Ah!, usted lo que necesita es un colegio sin ñeros”. ¡Exacto!, le contesté, abandonando el circunloquio y retomando la etiqueta social compartida. La palabra *ñero*, tradicionalmente usada para distinguir a las personas de la costa atlántica, empezó a usarse durante los años ochenta para referirse a los habitantes de calle, en especial a los adictos. A partir de los años noventa, se adoptó para designar a jóvenes de sectores populares, algunas veces asociados a la delincuencia. Hoy día los habitantes de calle usan la expresión como apócope para llamarse entre sí (compañero) y tomar distancia de otras denominaciones muy despectivas (por ejemplo, desechable). En las escuelas pude registrar distintos usos de esta palabra, la cual, algunas veces, no implica gran distancia social, pues un hablante la utiliza para referirse a otro con quien comparte el mismo espacio social, pero considera que sus formas de comportamiento, habla y vestimenta corresponden a los aspectos negativos asociados al término⁵⁶.

Finalmente recibí autorización para un colegio localizado en un exclusivo sector del norte de la ciudad⁵⁷. Presentaba una atípica heterogeneidad: allí acuden estudiantes “rebeldes” que han sido matriculados en el sistema público a manera de castigo, chicos de barrios del norte que no pertenecen a los estratos altos, algunos hijos de docentes o personas que trabajan en el sector y estudiantes cuyos padres no pueden costear la matrícula en instituciones privadas por inconvenientes económicos.

⁵⁵ Cargo de los gobiernos escolares regulados por la Ley General de Educación de 1994, Decreto 1860. El personero “será un alumno(a) del último grado existente en la institución, capaz de motivar e impulsar el ejercicio de los deberes y derechos de los estudiantes consagrados en la constitución”.

⁵⁶ No es fácil encontrar referencias sobre el origen y evolución del término. En el famoso libro de Salazar (1990), que recopila crónicas y testimonios de jóvenes de barrios populares vinculados con pandillas y sicariato durante los años ochenta en la ciudad de Medellín, se la menciona como apócope. Según el diccionario *Bogotálogo*: “Durante las décadas de los 70 y 80 del siglo XX, término derivado del clásico ‘montañero’, en alusión a un individuo de maneras burdas y ordinarias (...) 2. En las postrimerías del siglo XX el término, quizá relacionado con ‘compañero’, se comenzó a emplear para referirse a un gamín o indigente” (Ospina, 2012, p. 175).

⁵⁷ Bogotá, al igual que otras ciudades, presenta una división entre zonas de ricos y pobres. El sur y el occidente se han caracterizado por albergar barrios populares que han crecido gracias a la migración desde el campo, la construcción de barrios informales (llamados “piratas”) y la conurbación. Existen barrios de “invasión” (equivalente a los términos villa, favela, callampa, barriada, etc.) aunque la mayoría no se originó en una toma de tierra, pues la ciudad se levantó sobre una fértil altiplanicie cuya propiedad fue tempranamente controlada por las familias ricas del país. Las tierras de la zona norte estuvieron más custodiadas por su mayor valor mientras al sur, parte del occidente y el oriente, se adelantó una venta irregular de terrenos combinada con proyectos estatales de vivienda obrera, subsidiada y de autoconstrucción (Romero, 2003). Algunos barrios ilegales se regularizaron y mejoraron la infraestructura de servicios, por ello esta enorme zona presenta una desigual y abigarrada conformación. En el norte también existen barrios populares e invasiones (principalmente en los cerros), aunque la *representación* de esta parte de la ciudad corresponde a barrios de familias acomodadas y sectores medios en ascenso. Esa representación proviene del período 1950-1980 cuando las familias adineradas se movieron hacia el norte y la ciudad tuvo la más alta tasa de crecimiento de su historia (Parias, 2008). Utilizo el término *representación* porque las dimensiones, cantidad de población y atropellado crecimiento de Bogotá generan múltiples excepciones a la descripción binaria, la cual, además, determina las tendencias de la valorización del suelo, las viviendas y clasificación por estratos.

María Camila es un buen ejemplo, tuvo que abandonar “su” colegio privado bilingüe⁵⁸, “sabía que iba a entrar a un distrital, yo lloraba porque jamás, jamás... público nada (...) acá me encontré con gente muy, muy buena, o sea, yo juraba que era terrible, que estaba lleno de ñeros, que me iba a encontrar con drogas, que me iban a chuzar [apuñalear]”. La experiencia de la entrevistada también modificó el recuerdo de su antiguo barrio “ves los conjuntos ahí subiendo, hermosos con vigilancia y vas subiendo (...) vas viendo arrume de gente, arrume de todo... o sea, son unas casitas hechas por la gente (...) ¿si me entiendes?, o sea, pero como... uno que ve eso y dice: bueno, ¡en qué planeta estamos!, en el que puede vivir un estrato seis por un estrato dos arriba (...) es muy injusto en esa parte”.

Iniciaba las entrevistas con preguntas cerradas sobre características de los estudiantes (edad, ocupación y nivel educativo de los padres, etc.) y luego de contestar el nombre del barrio en el que vivían algunos sumaron el estrato. Al revisar las primeras transcripciones noté que la mayoría lo mencionó espontáneamente y decidí incluir esa pregunta. Esta dimensión es muy importante para entender la perspectiva de los entrevistados dado que muchos se identificaron con “el pueblo”, “los estratos bajos” o “los del sur” (ver Nota 9) cuando tomaron posición sobre la historia del país relacionada a cuestiones del orden sociopolítico.

Política, derechos, justicia e historia

Te voy a resumir todas las preguntas (...) yo pensaría que, o sea, realmente los gobernantes no escuchan, o sea, ellos dicen si escuchar al pueblo y todo eso, pero no, no lo escuchan (...) se enfocan en sacar dinero, sacar dinero... o sea, empobrecer más a Colombia, y más y más y si... se roban y no dicen nada y como están aliados con la policía y con todas esas cosas, o sea, suelen robar, robar y robar (Brenda, escuela 3, 1102)

Lo que pasa es que acá la ley es para los pobres, para los ricos no [sonríe]... porque si ellos eligieron al gobierno pues acá todo está comprado, todo (Diego, escuela 1, 1102).

(...) hay una frase que existe en mi mente: hay que tener cuidado con el miedo porque son los encargados de robar los sueños, de robar la libertad (...) Jaime Garzón (...) no tuvo miedo de absolutamente nada, de decir las verdades del gobierno colombiano, de la violencia colombiana, de la historia colombiana, pero ¿qué le pasó?, lo terminaron matando (Jair, escuela 1, 1102)

Durante las entrevistas más de la mitad de los estudiantes señaló que la historia del país muestra cómo la ley se aplica de forma discrecional “al pueblo” o “los pobres”, algunos lo ejemplificaron con casos

⁵⁸ La familia pagaba una mensualidad de \$600.000, equivalente a poco más de un salario mínimo del año 2011 (290 dólares). Esa suma no incluye otros gastos comunes en esas instituciones tales como transporte, bonos anuales, almuerzo y útiles obligatorios. Desde luego es una institución costosa, aunque existen algunas cuya pensión -pago mensual- duplica la cifra mencionada y, en muy pocos casos, la triplica o cuadruplica.

emblemáticos, otros mencionaron el proverbio “la ley es para los de ruana”⁵⁹, o sostenían con seguridad y sin mayores detalles: “eso se sabe”. Esta postura la asociaban con un enorme escepticismo hacia la imparcial aplicación de las leyes y el funcionamiento del sistema político, mezclado con cierta atracción hacia las medidas de hecho que consideraban más efectivas, aunque muy riesgosas. Así, varios entrevistados relacionaron esta postura con dos elementos, por un lado, expresiones de “miedo” frente a la participación en acciones públicas (incluidas las de hecho) y, por otro lado, el recurrente desprecio hacia la política.

Respecto al primer elemento un estudiante, sin mayores rodeos, comentó que “Si usted tiene una buena idea, y llega a mover gente y es revolucionario, y quiere cambiar los corruptos, a usted lo mandan matar... por eso uste [sic] no dura en el país... o sea, compra lo que hay o se muere” (Javier, escuela 3, 1103). Agrupo las afirmaciones que señalan el peligro inherente a las intervenciones en la esfera pública bajo el término “miedo” en su sentido literal, según la RAE, “Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario”. El miedo es un término que se puede encontrar en el marco de distintas perspectivas analíticas y enfoques teóricos, no es un concepto en sí mismo. Los clásicos de la ciencia política lo identificaron como uno de los fundamentos de la institución del Estado moderno (Uribe, 2002; Villa et al., 2003), esa línea de trabajo ha sido explorada con análisis sobre los usos del miedo para el control social (Agudelo, 2013) o la imposición de los sistemas autoritarios (Lechner, 2002; O'Donnell, 1987). La teoría social de las últimas décadas ha profundizado esta perspectiva (U. Beck, Z. Bauman, entre los autores más conocidos) y alcanzó gran difusión por razones coyunturales, entre las que se cuentan la “inseguridad”, así como los discursos legitimadores de las políticas belicistas y de control social. De hecho, algunos autores consideran que el miedo se utiliza como una estrategia para el control de los jóvenes (Reguillo, 2008). En términos de los entrevistados, “por eso las personas no pueden hablar como quisieran y se tienen que cuidar con lo que dicen, porque no saben que les pueda pasar” (Jorge, escuela 2, 1101).

Respecto al segundo elemento, la tradicional narrativa colombiana supone orgullosa que el país es “la democracia más antigua y estable de América Latina”, es usada y promovida desde el Estado, los partidos políticos y algunos columnistas de opinión. Al contrario, la mayoría de los entrevistados considera que “(...) todos son como iguales, y todos son como corruptos, entonces uno como que vota y ya, ¿sí?” (Natalia, escuela 2, 901). La experiencia de los entrevistados y las referencias históricas que han incorporado cuestionan en múltiples aspectos esa narrativa nacional, la cual implica la histórica vigencia de los derechos políticos y eficientes mecanismos de gobierno respaldados en una sólida participación ciudadana. Por tanto, cualquier acción fuera de la institucionalidad es injustificada. Esta narrativa naturaliza una ciudadanía disciplinada que se refrendó a poco de terminar el siglo XX, con la proclamación de la nueva Constitución política acorde al discurso que celebraba el triunfo de la democracia liberal en el mundo. Por supuesto, la contradicción entre la experiencia de los sujetos y el modelo ideal de democracia representativa

⁵⁹ Ruana es el tradicional poncho de lana usado por los campesinos del altiplano cundiboyacense que fuera de uso común entre los sectores populares desde la colonia hasta mediados del XX. De hecho, los sectores oligárquicos capitalinos usaban la expresión “ruanetas” para llamar despectivamente a una persona del común.

no es exclusiva de Colombia. En América Latina durante los años noventa y dos mil se debatió ampliamente sobre la crisis de representación política (Hoskin, 1990; Leal, 2000; Waisbord, 2002).

Los dos elementos señalados, “miedo a la participación” y “contradicción” entre experiencia y narrativa institucional/nacional generan tensiones en la enseñanza de la historia y las definiciones de los derechos. En las clases los docentes polemizaban al respecto y los estudiantes debatían apasionadamente el trasfondo de la cuestión. La inocultable conflictividad de la historia encarnada en la experiencia de estudiantes y maestros cuestiona la formación ciudadana que debería promover la escuela. En otras palabras “eso nos da idea de cómo la gente que quiere hacer cosas buenas por el país, supongo yo, por los intereses de unos pocos, es mandado a callar, ya sea, por decir, un candidato a la presidencia, un político, ya sea un periodista... un país en que realmente (...) la gente no tiene derecho a la libre expresión porque son callados de inmediato” (Jorge, escuela 2, 102).

Conclusiones

la justicia está a favor de las personas con dinero, para las personas que no tienen dinero se les pinta como una cortina en la cara (...) si uno mira más allá, en realidad no es así (...) aquí no se puede, considero yo, hablar con argumentos. Por ejemplo, todo el mundo habla de la ley 30, porque los estudiantes salieron a marchar, porque causaban desastres... todo eso, para de alguna manera llamar la atención, por así decirlo, porque no son escuchados, porque para ser escuchados y dar sus argumentos válidos tienen que pararse allá con veinte pañoletas en la cara para no ser reconocidos (Jorge, escuela 2, 1102)

Los elementos dispersos que he presentado sobre autoidentificación, jerarquías sociales, narrativas nacionales y posiciones políticas entre los estudiantes de escuelas secundarias públicas, en Bogotá, son un indicio de la base sobre la que se levantaron las expresiones de descontento vistas en los últimos años, las cuales, muy probablemente, se radicalizan entre quienes ni siquiera pueden sostenerse o acceder al sistema educativo. Las nuevas formas de organización y expresión muestran el profundo y antiguo malestar con el orden social y político presente en las entrevistas analizadas. Luego de tres años de constantes movilizaciones, los diarios titulan que la agenda del congreso debe privilegiar a los jóvenes, los candidatos presidenciales de todos los espectros políticos se dirigen a ellos y el gobierno adelanta una campaña publicitaria llamando a la participación en los consejos de juventud, una instancia de reciente creación basada en la hasta ahora poco implementada Ley de juventud de 1997 (Garzón, 2018).

El cuestionamiento de la centenaria narrativa nacional y la desesperada exigencia de cambios en las estructuras institucionales obedece a una experiencia vital compartida por jóvenes y adultos, quienes se han movilizado reiteradamente. El proceso homogeneizador en la comunidad imaginada resulta opacado por la jerarquización arbitraria, ineludible e insoportable para las nuevas generaciones que se han negado a continuar un legado bien conocido por los adultos, identificado hace años, en un texto imprescindible, como *sentimiento de injusticia* (Archila, 2003). Durante las marchas se cantaba el himno nacional y los asistentes modificaban la primera estrofa agregando la palabra “no”. La representación mítica del origen de la nación,

del fin de la conquista y el logro de la libertad por medio de la revolución es cuestionada: “**No** cesó la horrible noche”, se escuchaba, se le a en columnas de opinión y en el arte urbano que homenajea al estudiante de derecho asesinado por la policía.

En este artículo expuse elementos que muestran una perspectiva sobre la historia, la política y la narrativa nacional entre los estudiantes secundarios de Bogotá, anterior a la coyuntura actual y que es una muestra de las motivaciones subyacentes a las acciones colectivas que estamos observando. Se mantiene el rechazo a las instituciones y la política, pero el retraimiento hacia la esfera pública es contestada en los carteles de los manifestantes: “Nos quitaron tanto, que nos quitaron el miedo”.

Referencias bibliográficas

- Adamovsky, Ezequiel (2009). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta.
- Agudelo, Alexandra (2013). *Dispositivos de seguridad que de la actualización del miedo en el estado contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Alvarado, Sara; Botero, Patricia y Ospina, Héctor (2010). Subjetividades políticas: Sus emergencias, tramas y opacidades en el marco de la acción política. Mapeo de 61 experiencias con vinculación de jóvenes en Colombia. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 15(50). Universidad del Zulia. Localizado en http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-52162010000300004. [02/09/2021]. ISSN: 1315-5216.
- Anderson, Benedict (1983). *Imagined communities*. London and New York: Verso.
- Archila Neira, Mauricio (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas: Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: ICANH-CINEP.
- Arias, Diego y Ruiz, Alexander (2014). Jóvenes, política e identidad nacional. Un estudio con jóvenes universitarios colombianos. *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, 1(7). Universidad Nacional de la Plata. Localizado en <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/revistadejuventud/article/view/2030>. [8/9/2021]. ISSN: 1852-4907.
- Bhabha, Homi (2000). Narrando la nación. En A. Fernández (Comp.), *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (211-219). Buenos Aires: Manantial.
- Borda, Sandra (2021). Colombia: un mes de paro y un futuro incierto. *Nueva Sociedad*. Localizado en <https://nuso.org/articulo/colombia-un-mes-de-paro-y-un-futuro-incierto>. [8/9/2021].
- Botero, Patricia; Ospina, Héctor; Alvarado, Sara; et al. (2010). Producción académica sobre la relación historia, juventud y política en Colombia: una aproximación a su estado del arte desde mediados del siglo XX. En S. Alvarado y P. Vommaro (Comps.), *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Rosario: CLACSO, Homo sapiens.

- Cárdenas, Juan (2017). Jóvenes y cultura política: una aproximación a la cultura política de los universitarios de Bogotá. *Reflexión Política*, 19(38), 58-72. Universidad Autónoma de Bucaramanga.
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo (2008). Introducción: Colombianidad, población y diferencia. En S. Castro-Gómez y E. Restrepo, *Genealogías de la colombianidad* (10-41). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2021). *Colombia: observaciones y recomendaciones. Visita: Junio, 2021.* Localizado en https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/ObservacionesVisita_CIDH_Colombia_SPA.pdf. [08/08/2021]
- Cubides, Humberto (2010). Participación política y organización de jóvenes en Colombia vista desde la tensión “plan de organización-plan de consistencia”. En S. Alvarado y P. Vommaro (Comps.), *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)* (113-136). Rosario: Homo Sapiens.
- Cubides, Humberto y Salinas, José (2015). La ciudad como escenario de acción educativa de las organizaciones juveniles. *Revista Educación y Ciudad*, (18), 33-48. IDEP.
- El Espectado (2021b). 9-S: familiares de jóvenes asesinados denuncian amenazas de muerte. (26 de agosto 2021). *El Espectador*. Localizado en: <https://www.elespectador.com>. [08/08/2021]
- El Espectador (2021A). “Son máquinas de guerra”: así justificó Diego Molano bombardeo a adolescentes. (10 de marzo 2021). *El Espectador*. Localizado en: <https://www.elespectador.com>. [08/08/2021]
- El País (2016). Las polémicas revelaciones de promotor del No sobre estrategia en el plebiscito. (6 de octubre de 2016). Localizado en: <https://www.elpais.com.co>
- El Tiempo (2021). La generación ‘sin futuro’ que quiere revertir ese destino. (19 de mayo de 2021). *El Tiempo*. Localizado en: <https://www.eltiempo.com>
- Escobar, Manuel; Mendoza, Nidia; Gari, Gary (2004). *¿De Jóvenes? Una Mirada a las Organizaciones Juveniles y a las Vivencias de Género en la Escuela*. Bogotá: Fundación Restrepo Barco.
- García, Mauricio y Quiroz, Laura (2011). Apartheid educativo en Bogotá. Educación, desigualdad e inmovilidad social en Bogotá. *Revista de Economía Institucional*, 13(25), 137-162.
- Garzón, Eduardo (2018). *Participación política y ciudadana de jóvenes*. Bogotá: Registraduría Nacional del Estado Civil; Centro de Estudios en Democracia y Asuntos Electorales.
- Hoskin, Gary (1990). Los partidos tradicionales: ¿hasta dónde son responsables de la crisis política? En F. Leal y L. Zamosc (Eds.), *Colombia: Al filo del caos*. Bogotá: Universidad Nacional, Tercer Mundo Editores.
- Hurtado, Deicy (2008). Los jóvenes de Medellín: ¿ciudadanos apáticos? *Nómadas*, (32), 99-115.
- Jurisdicción Especial para la Paz (2021). *Gravedad de la situación de derechos humanos en Colombia. El caso del paro nacional y sus repercusiones sobre el Sistema Integral para la Paz* (28 de abril al 30 de mayo de 2021). Localizado en: <https://www.jep.gov.co/Sala-de->

[Prensa/Documents/Gravedad%20de%20la%20situaci%C3%B3n%20de%20derechos%20humanos%20en%20Colombia_PN_VF.pdf?csf=1&e=cgsxbu](#). [15/09/2021]

Leal, Francisco (2000). "Situación política de Colombia" en *Anuario social y política de América Latina y el Caribe*. Año 3. FLACSO, Nueva Sociedad y UNESCO, Caracas, 55-64.

Lechner, Norbert (2002). Nuestros miedos. En *Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política* (43-60). Santiago de Chile: LOM.

Muñoz, Germán (2002). *Temas y problemas de los jóvenes colombianos al comenzar el siglo XXI*. Manizales: Cinde - Universidad de Manizales.

Ospina, Andrés (2012). *Bogotálogo. Tomo I*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.

Parias, Adriana (2008). El mercado de arrendamiento en los barrios informales en Bogotá, un mercado estructural. *Territorios*, (18-19), 75-101. Universidad del Rosario.

Pinilla, Alexis (2003). El Compendio de historia de Colombia de Henao y Arrubla y la difusión del imaginario nacional a comienzos del siglo XX. *Revista Colombiana de Educación*, (25) 78-90. Universidad Pedagógica Nacional.

Quintero, Oscar (2002). Sociología e historia del movimiento estudiantil por la Asamblea Constituyente de 1991. *Revista Colombiana de Sociología*, 2(1), 125-151. Universidad Nacional de Colombia.

Reguillo, Rossana (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Alteridades*, 18(36), 63-74. Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa Distrito Federal.

Romero, Gina, García, Cindy, Rodríguez, Carlos, et al. (2015). *Juventud y Políticas Públicas en Colombia*. Berlín: Youth Policy Press.

Romero, Yuri (2003). Derecho a la ciudad: derecho a negociar por unas condiciones materiales de vida. *Territorios*, (9), 39-49. Universidad del Rosario.

Salazar, Alonso (1990). *No nacimos pa' semilla*. Medellín: Cinep, Corporación Región.

Sánchez, Karen (2021). *América Latina Jóvenes en Colombia: "El movimiento estudiantil y juvenil abrió las puertas al movimiento social"*. Localizado en: https://www.vozdeamerica.com/a/america-latina_papel-jovenes-protestas-colombia-movimiento-estudiantil-juvenil-social/6073710.html.

[2/09/2021]

Secretaría de Educación Distrital (2013). *Caracterización del sector educativo, 2012. Boletín estadístico sector educativo*. Localizado en http://www.sedbogota.edu.co/archivos/SECTOR_EDUCATIVO/ESTADISTICAS_EDUCATIVAS/2013/PERFIL%20EDUCATIVO%20BOGOTA%202012.pdf . [02/08/2013].

UNICEF (2004). *Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes en Colombia 1985-2003*. Bogotá: Programa Presidencial Colombia Joven, Agencia de Cooperación Alemana GTZ, Unicef Colombia.

Uribe, María (2002). Las incidencias del miedo en la política: una mirada desde Hobbes. En M. Villa (Ed.). *El miedo: reflexiones acerca de su dimensión social y cultural* (25-46). Medellín: Corporación Región.

Uribe-Mallarino, Consuelo (2008). Estratificación social en Bogotá: de la política pública a la dinámica de la segregación social. *Universitas humanística*, (65), 139-171. Pontificia Universidad Javeriana.

Veeduría Distrital (2020). *El 09 y el 10 de septiembre en Bogotá. Las cifras y datos detrás de los hechos de vandalismo y abuso policial que afectaron el derecho a la protesta social*. Localización en:

<http://veeduriadistrital.gov.co/sites/default/files/files/EL09YEL10DESEPTIEMBREENBOGOTA.pdf>

[8/09/2021]

Villa, Marta, Sánchez, Luz y Jaramillo, Ana (2003). *Rostros del Miedo. Una investigación sobre los medios sociales urbanos*. Medellín: Corporación Región.

Waisbord, Silvio (2002). Interpretando los escándalos. Análisis de su relación con los medios y la ciudadanía en la Argentina contemporánea. En E. Peruzzotti y C. Smulovitz (Eds.). *Controlando la política. Ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas* (289-325). Buenos Aires: Temas.